

UNA HISTORIA SIN FIN: EL DEBATE EN TORNO AL PERIODO MFECA NE

HILDA VARELA
El Colegio de México

A la memoria de John Omer Cooper 1931-1998

El hombre valiente combate en medio de su tropa,
no se arriesga solo.

PROVERBIO SUDAFRICANO

Planteamiento introductorio

GIANNI VATTIMO sostiene que la Ilustración moderna originó la concepción de la historia de la humanidad como un proceso unitario y progresivo hacia la realización del “hombre ideal” (el hombre europeo moderno). Así definida, la historia es simplemente una representación del pasado, que reconstruye los acontecimientos relevantes protagonizados por la “gente que cuenta” (*sic*), en los países que conforman el núcleo de la civilización —el centro de Occidente— y por lo tanto los sucesos de los pueblos “primitivos” no son parte de la historia.¹ Esta concepción sirvió de fundamento para “legitimar” el colonialismo europeo en África: su pretendida misión civilizadora consistía en convertir a esos pueblos “primitivos” en parte de la historia.

En esta línea de pensamiento, se desprenden dos grandes mitos que han contribuido a distorsionar el estudio del periodo Mfecane, que tuvo lugar en el siglo XIX en el extremo sur de África. En primer lugar, ante la supuesta incapacidad de los pueblos “primitivos” para realizar cambios trascendentales, el concepto de revolución —en la medida en que implica un proyecto de emancipación— sería inadecuado para explicar los

¹ G. Vattimo, 1991, “Posmodernidad: ¿una sociedad transparente?”, en G. Vattimo *et al.*, *En torno a la posmodernidad*, Barcelona, Anthropos, pp. 10-12.

cambios políticos que se dieron en ese periodo, recurriendo al mito de que eran pueblos estáticos, instrumento pasivo de la ambición de poder de líderes salvajes y sanguinarios. En segundo lugar, para explicar el surgimiento de esos cambios políticos era preciso “descubrir” el estímulo original de cambio fuera de esos pueblos, lo que propició la creación del mito de que fueron producto de la influencia ejercida por europeos en algunos líderes africanos “primitivos”, dando como resultado un largo periodo de destrucción y muerte. Estos dos mitos subyacen en los primeros relatos del periodo Mfecane.

No es extraño, por lo tanto, la casi total ausencia de los acontecimientos africanos² de los siglos XVII y XIX, en general, en los libros de historia universal. A pesar de la trascendencia de los violentos cambios que modificaron el sistema político y el orden social en la región sureste del continente africano en las primeras décadas del siglo XIX, conocidos globalmente como periodo Mfecane, en los libros de historia universal son escasas las referencias a ese periodo, en cuyo caso suele ser presentado en forma desarticulada, al margen de una explicación coherente de la dinámica interna de esas sociedades. Al destacar sólo la violencia, este periodo es presentado como una orgía destructiva entre “pueblos primitivos”, como un periodo de *black-on-black destruction*, importante sólo en la medida en que podía plantear un problema de seguridad para los planes de expansión colonial europea.³

Los primeros escritos acerca del periodo Mfecane empezaron a ser difundidos en las primeras décadas del presente siglo, y no fue sino hasta la década de 1970 cuando aparecieron

² Los libros de historia universal que comprenden el siglo XIX por lo general sólo abordan los hechos acontecidos en África que están directamente vinculados con Occidente, en especial la colonización europea y la llamada guerra Anglo-Bóer o guerra Boer.

³ Cfr. J.M. Roberts, 1987, *The Penguin History of the World*, Londres, Penguin Books; R. Schnerb, 1957, *Histoire Générale des Civilisations*, tomo VI, *Le XIXe. Siècle*, París, PUF; H. Carlton y T. Parker Moon, 1942, *Modern History*, Nueva York, Macmillan; *Historia Universal*, vol. 10, Madrid, Daimón; Paul Kennedy, 1989, *Auge y caída de las grandes potencias*, Barcelona, Plaza y Janés; *The Cambridge Modern History*, Cambridge, Cambridge University Press; John Belchem y Richard Price (eds.) 1994, *A Dictionary of Nineteenth-Century World History*, Cambridge, Blackwell; C. G. Starr et al., 1960, *A History of the World*, vol. II, Chicago, Rand McNally; Louis Bergeron, François Furet y Reinhart Koselleck, 1976, *Historia Universal*, vol. 26, México, Siglo XXI.

las primeras lecturas críticas de ese periodo histórico, propiciándose así poco a poco un debate eminentemente académico —aunque con implicaciones políticas— entre diferentes corrientes interpretativas y que en diferentes momentos históricos ha girado en torno a algún aspecto en especial (por ejemplo, la presencia de personas blancas como artífices de los cambios). En los últimos años, el debate se ha centrado en dos posiciones extremas, que se enfocan a la esencia del fenómeno.

Este trabajo se divide en dos partes. Con base en los textos de autores destacados que se centran en el debate contemporáneo, primero se plantean los aspectos más relevantes del debate, destacando las dos tesis más polémicas, que constituyen el núcleo de la discusión: la tesis que sostiene que las guerras y las migraciones masivas a inicios del siglo XIX fueron producto de la intensificación del comercio de esclavos en la zona, de lo que se deduce que el periodo Mfecane es un mito, y la tesis que define a este periodo como un proceso revolucionario protagonizado por pueblos nguniparlantes. En la segunda parte se aborda el periodo Mfecane —en lo que hoy es la república de Sudáfrica— con la finalidad de presentar algunos argumentos que sustentan la tesis del cambio revolucionario. Como presupuesto central se propone la comprensión del periodo Mfecane como un proceso revolucionario de larga duración, producto de una serie de factores diversos, entre los que destacan por su relevancia las especificidades políticas, sociales y económicas de las sociedades nguniparlantes.

Es importante destacar que no es el objetivo de este estudio exponer una imagen benigna de este proceso y de sus principales líderes: fue una revolución que generó una violencia inusitada y el hombre que suele ser identificado como el principal caudillo, Chaka, fue un conquistador autoritario y cruel, como la gran mayoría de los conquistadores en la historia mundial. Sin embargo, los mitos racistas obstaculizan el análisis e impiden apreciar su importancia. La exposición de los rasgos específicos de la dinámica interna de las sociedades nguni en el siglo XIX tiene como finalidad hacer énfasis en una línea de investigación crítica, que aporte argumentos para poner en tela de juicio los prejuicios racistas, a partir del estudio de las condiciones que determinaron la capacidad de

cambio dentro del sistema político nguni y que sustentan la definición del periodo como un proceso de formación del Estado en sociedades pastoriles.

El punto de partida: Natal a inicios del siglo XIX

A principios del siglo XIX, en la costa sureste de la actual Sudáfrica, en el territorio que hoy ocupa la provincia de Natal, comenzaron en algunas jefaturas nguniparlantes de cultura bantú⁴ —cimentadas en una base clánica— amplios cambios político-militares, que generaron tanto alteraciones demográficas entre los grupos nguni y sothoparlantes como complejos procesos de conquista, de expansión y de asimilación —mediante matrimonios y diversos mecanismos de absorción— de pueblos diferentes en cuanto a su origen, lengua y cultura. Estos cambios se tradujeron en el nacimiento de una nueva forma de organización político-administrativa, estratificada y centralizada, de un fuerte sentido de identidad y de poderosos reinos (Zulú, Sotho, Ndebele, Ngoni). En el contexto del periodo Mfecane, entre esos estados africanos se tejieron identidades y alianzas y surgieron rivalidades políticas que han marcado hasta la fecha las relaciones de poder en las regiones.

Este proceso de transformación afectó a toda la parte sureste del continente, e involucró de manera directa o indirecta a los diferentes grupos étnicos, situación que desencadenó migraciones masivas y batallas sin precedente histórico en África austral, además de hambrunas que se acentuaron debido a una prolongada sequía. Al favorecer la génesis de una conciencia cultural e histórica —aunque no elaborada— entre

⁴ El término *bantú* implica pueblo, comunidad. Por lo tanto hace referencia a un conjunto de personas y es incorrecto pluralizarlo. En cuanto al uso del término *zulú*, aunque en algunos trabajos aparece escrito en plural, los estudiosos más destacados no lo emplean de esta manera (Chanaiwa, A. Kuper, Hamilton y Eldredge, entre otros). En este trabajo se usan estos términos sin variación, aunque estén precedidos de un sustantivo en plural (cultura bantú o pueblos bantú). *Cfr.* Jordan, "Bantu Languages of Southern Africa", en Eric Rosenthal (ed.), 1961, *Encyclopaedia of Southern Africa*, Londres, Warne; Saunders, 1983, *Historical Dictionary of South Africa*, Metuchen, The Scarecrow Press.

esos pueblos y el surgimiento de alianzas y de conflictos de poder regional, el periodo Mfecane repercutió en la capacidad de respuesta y las formas de resistencia de los africanos ante la colonización.⁵

El surgimiento del reino zulú —y en especial la figura del rey Chaka— es por lo general considerado como la pieza clave para explicar las guerras que caracterizaron al periodo Mfecane: responsabilizar a la expansión zulú de la destrucción y los desplazamientos masivos de población es el punto de partida de las investigaciones tradicionales,⁶ que toman como base las primeras narraciones, escritas por aventureros, misioneros y comerciantes europeos.

Chaka y el reino zulú constituyen el ejemplo más complejo y más discutido de este proceso específico de construcción del Estado, pero la sombra de los mitos racistas, que presentan a Chaka como a un genocida y que sostienen que la violencia fue producto del “salvajismo zulú”,⁷ además de las implicaciones de ese periodo en la política contemporánea, han dificultado las investigaciones académicas. La persistencia de ese tipo de obstáculos impide apreciar la grandeza y las debilidades del reino zulú y dificulta la tarea de reconstruir la historia de la región de Natal en las primeras décadas del siglo XIX.

El periodo Mfecane significó el abandono de la organización ciánica de pequeños grupos dispersos y con economías de pastoreo, dando nacimiento a un proceso de recomposición hegemónica, con el surgimiento de grandes estados, con estructuras políticamente sofisticadas, estratificadas y centralizadas, desde la zona del actual Natal (Sudáfrica) hasta la parte sur del territorio que hoy corresponde a los estados de Malawi y Zimbabwe.

⁵ Chanaiwa, 1980, “The Zulu Revolution: state formation in a pastoralist society”, *African Studies Review*, XXIII (3): 1-2.

⁶ Diversos autores elaboran una crítica seria a este estereotipo racista. Cfr. Chanaiwa, 1980; J. Wright, 1989, “Political Mythology and the making of Natal’s Mfecane”, *Canadian Journal of African Studies*, 23 (2): 272-291; E. Eldredge, 1992, “Sources of conflict in Southern Africa, c. 1800-30: the ‘Mfecane’ reconsidered”, *Journal of African History*, 33 (1): 1-35; M. Cornevin, 1980, *Apartheid: poder y falsificación de la historia*, París, Unesco, pp. 62-63.

⁷ La gran mayoría de las fuentes consultadas abordan el periodo Mfecane a partir del estudio de Chaka y del reino zulú.

El debate académico

Después de la Segunda Guerra Mundial empezó a adquirir relevancia el estudio del periodo Mfecane. A partir de la década de 1970 —debido en gran parte a la situación política de Sudáfrica— surgió un debate entre los diferentes estudiosos de ese periodo, con la formulación de distintas tesis, algunas orientadas a poner en tela de juicio la veracidad de los escritos calificados como clásicos, mientras que en otras se intenta explicar, desde perspectivas diversas, diferentes aspectos como el origen, la naturaleza y la posible influencia de personas blancas en el desarrollo de este periodo.⁸ En algunos estudios se afirma que el periodo Mfecane —como un periodo de cambios protagonizados por pueblos africanos— es un invento de académicos blancos, para atribuir a los africanos la responsabilidad de la violencia y las migraciones masivas que tuvieron lugar en las primeras décadas del siglo XIX.⁹

Es importante destacar que el debate se ha desarrollado en círculos universitarios, con la participación de académicos africanos y occidentales, sin que se hayan involucrado de manera directa sectores políticos. La única toma de posición por parte de un grupo político tuvo lugar en la década de 1980, cuando la versión de Inkatha acerca de los orígenes del nacionalismo zulú quedó expresada en la realización de una serie de televisión sobre la vida de Chaka. Entre la leyenda de Chaka y la historia, en esa versión se pone el énfasis en algunos aspectos del periodo Mfecane, presentados como símbolos de identifi-

⁸ D. S. Chanaiwa, 1980: 1-20; J. Wright, 1989; E. Eldredge, 1992; J. Cobbing, 1988, "The Mfecane as alibi: thoughts on Dithakong and Mbolompo", *Journal of African History*, 29 (3): 487-519; C. A. Hamilton, 1992, "The character and objects of Chaka: a reconsideration of the making of Shaka as a 'Mfecane' motor", *Journal of African History*, 33 (1): 37-63; A. Kuper, 1993, "The 'House' and Zulu political structure in the nineteenth Century", *Journal of African History*, 34 (3): 469-487; J. D. Omer-Cooper, 1978, "Aspects of political change in the nineteenth-century Mfecane" en L. Thompson (ed.) *African Societies in Southern Africa*, Londres, Heinemann: 207-229; J. D. Omer-Cooper, 1976, "The Nguni outburst", en J. Flint (ed.), *The Cambridge History of Africa. Volume 5 from c. 1790 to c. 1870*, Cambridge, Cambridge University Press: 319-352.

⁹ Aunque con notables diferencias, plantean la tesis del periodo Mfecane como un mito político John Wright, Adam Kuper y, en la versión más radical y polémica, Julian Cobbing.

cación zulú —la guerra, el autoritarismo, la disciplina, la combatividad y la vestimenta del ejército zulú—, pero al margen de una lectura crítica.

Tema central de películas y de series de televisión y analizado por historiadores, antropólogos, arqueólogos, politólogos y psicoanalistas africanos y occidentales, el único punto de consenso entre los diferentes autores reside en la identificación del periodo Mfecane con tres fenómenos, que se extendieron en las primeras décadas del siglo XIX en la región sureste de África: las guerras, las migraciones masivas y el surgimiento de grandes unidades políticas. Todos los otros aspectos son puestos en tela de juicio. La gran mayoría de los autores —David S. Chanaiwa, Elizabeth A. Eldredge, John Wright, Carolyn Ann Hamilton, John D. Omer-Cooper, Marianne Cornevin— coinciden en que el análisis del periodo Mfecane no es solamente un ejercicio académico: es un tema nodal para la comprensión de la historia política de Sudáfrica —y de África austral en general— del siglo XX.

Los elementos del debate

En diferentes momentos históricos, el debate se ha centrado en un aspecto en particular del periodo Mfecane. Sin pretender hacer un recuento detallado, entre los aspectos más polémicos pueden mencionarse la utilización de los primeros documentos escritos, el origen del término “Mfecane”, el papel desempeñado por el reino zulú y sobre todo por los reyes Dingiswayo y Chaka, la naturaleza de los fenómenos que desencadenaron los cambios y por último la definición del contenido (naturaleza) del periodo Mfecane.

Hay otros aspectos menos discutidos, pero que no son compartidos por la gran mayoría de los autores: en especial el uso del término “nguniparlantes” y la duración del periodo Mfecane. La gran mayoría de los autores consultados por lo general no especifican fechas de inicio y conclusión de dicho periodo Mfecane, pero se puede deducir que a grandes rasgos delimitan la fase prerrevolucionaria a los primeros años del siglo XIX y el periodo Mfecane en sentido estricto —la fase

revolucionaria— a los años comprendidos entre 1817 y finales de la década de 1830. Para otros estudiosos¹⁰ el periodo se prolongó a lo largo de ocho décadas.

Los primeros documentos escritos

Diarios y relatos de viaje de comerciantes y misioneros europeos, informes de funcionarios del gobierno colonial británico en Natal y artículos periodísticos publicados en la colonia británica de El Cabo —a partir de mediados de la década de 1820— conforman los primeros documentos escritos acerca de esa época: son los trabajos de T. A. Bryant, G. M. Theal, Tyler, Henry Francis Fynn, Robert Moffat y Francis George Farewell, entre otros. A finales de siglo se sumaron los relatos tomados de la tradición oral, transmitidos por africanos cristianizados, que presentan visiones muy diferentes, dependiendo en gran medida del origen étnico —xhosa o zulú— del narrador.

Los primeros escritos, en ocasiones atribuidos a testigos oculares europeos, fueron la base de la corriente historiográfica tradicional, estrechamente vinculada con la versión oficial de la historia del *apartheid*, que tomó fuerza después de la Segunda Guerra Mundial y de manera acrítica reprodujo uno de los mitos más importantes de la historia escrita de la región sur de África:¹¹ la definición del periodo Mfecane como una era de destrucción irracional.

Entre los planteamientos compartidos por esos documentos y que distorsionan la realidad africana sobresalen la descripción del grupo zulú como “primitivo y sanguinario” y del rey zulú como ser “salvaje” que sembró el terror entre los pueblos vecinos y cuyas brutales campañas genocidas arrasaron con pueblos enteros, desencadenaron un caos generalizado y el despoblamiento de casi toda la zona sureste del continente, debido a que sus habitantes fueron asesinados u obligados a huir. Estos planteamientos favorecieron la mitología racista que fundamentaba el *apartheid*, según la cual cuando los pri-

¹⁰ David Chanaiwa y Omer-Cooper, entre otros.

¹¹ Wright, 1989, p. 274.

meros colonos blancos —afrikaansparlantes— llegaron a Natal, la zona estaba deshabitada y su presencia “introdujo el orden y la estabilidad en un país en plena descomposición”.¹² Estas ideas se consolidaron en escritos posteriores y han sobrevivido hasta la fecha, en versiones más sofisticadas.

En el trabajo considerado como el pilar de la corriente tradicional, el misionero A.T. Bryant¹³ sostiene:

Entre los *kaffires* [sic] sólo las escasas tribus grandes tienen cierta historia que relatar, e incluso pocas veces pueden regalarnos con algo más atractivo que los sórdidos detalles de batallas bestiales y de ataques predatorios. En los clanes más pequeños, demasiado débiles para llevar a cabo guerras o emprender expediciones de pillaje, nunca tenían el privilegio de hacer historia.

Esta percepción, que combina la fantasía con la realidad y que “frecuentemente conduce a ambigüedades y a la confusión”,¹⁴ acerca de los pueblos africanos, calificados en forma despectiva como *kaffires*, invade toda la obra de Bryant, quien probablemente fue el primero en englobar esos eventos con el título de “periodo”, calificado como un parteaguas, expresión del salvajismo sin límites de los africanos.

A manera de ejemplo de las dificultades que emergen de la lectura de los primeros documentos escritos acerca del periodo Mfecane, puede citarse el tratamiento dado en los trabajos clásicos a Dingiswayo. Autores como Henry Francis Fynn, Theophilus Shepstone, Theal y Bryant afirman que el precursor de los cambios entre los zulú, Dingiswayo,¹⁵ para escapar de la ira de su padre —quien quería matarlo— cuando era joven tuvo que huir al exilio. De acuerdo con el diario de Henry Francis Fynn, Dingiswayo se refugió en lo que hoy es Zululandia, en donde conoció a un misterioso explorador y médico británico, llamado Cowan, quien se convirtió en su tutor y le enseñó ideas revolucionarias, que fueron la semilla de los

¹² Cit. por. Comevin, 1980, p. 106.

¹³ Cit. por. Chanaiwa, 1980, p. 3.

¹⁴ S. Marks, 1978, “The traditions of the Natal ‘Nguni’: a second look at the work of A.T. Bryant” en L. Thompson (ed.), *African Societies*, Londres, Heinemann, 128.

¹⁵ Dingiswayo era príncipe —más tarde convertido en rey— del grupo mthethwa.

cambios introducidos por Dingiswayo, cuando Cowan fue asesinado. Según la versión de un conocido funcionario británico, Theophilus Shepstone —quien pasó su infancia en la colonia de El Cabo y llegó a la región zulú a finales de la década de 1830, cuando Dingiswayo y Chaka ya estaban muertos—, Dingiswayo buscó exilio en la colonia británica de El Cabo, en donde aprendió las ideas europeas. Por último, Theal sostiene que “en algún lado”, Dingiswayo tuvo contacto con dichas ideas. Por lo tanto, de acuerdo con estos autores, el único mérito de Dingiswayo se reduce a haber aplicado las ideas europeas en pueblos primitivos y estáticos (*sic*):

Por su parte Bryant¹⁶ escribió:

Las ideas progresistas y las actividades realizadas después por Dingiswayo permiten adivinar influencias extranjeras; en efecto, como pura iniciativa del espíritu bantú y como producto de una formación puramente bantú hubieran sido decididamente extraordinarias.

Este ejemplo permite comprender por qué hace unos años algunos historiadores concentraron sus esfuerzos en demostrar las distorsiones emanadas de estos primeros escritos, que sin embargo para los seguidores de la corriente tradicional siguen teniendo validez. En el contexto de una lectura crítica de estos escritos, algunos autores —M. Cornevin, Chanaiwa, S. Marks, Omer-Cooper, Thompson— han descubierto, entre otras cosas, que hasta el año de 1833 ningún misionero europeo había entrado en la zona conflictiva y su obra fue escrita tomando como base relatos oídos, pero no fueron testigos presenciales; que ningún blanco conoció en persona a Dingiswayo; además, afirma M. Cornevin:¹⁷

[...] el texto del diario de Fynn, publicado en 1850 en Pietermaritzburgo, no es sino una reconstitución realizada por el autor al final de su vida para reparar la pérdida del ejemplar original. Esto explica seguramente los errores de fecha, como la relativa al encuentro de Dingiswayo con cierto doctor Cowan, encuentro fijado por Fynn “hacia 1780 o 1795” [...] está comprobado sin lugar a dudas que el doctor Cowan salió de El Cabo en 1808, que la expedición llegó cerca del río Limpopo

¹⁶ *Cit. por.* Cornevin, 1980, p. 113.

¹⁷ M. Cornevin, 1980, p. 114.

y que allí pereció [...] Bryant era un misionero católico que vivió en país zulú a partir de 1883. Cuando se lanzó a la transcripción de las tradiciones orales relativas a los orígenes del reino zulú, habían pasado tres cuartos de siglo desde el advenimiento de Chaka. Bryant trató pues de confirmarlas mediante ciertos extractos del diario de Fynn publicados [...] en 1888 [...]

Como sostiene David Chanaiwa,¹⁸ los primeros documentos escritos fueron elaborados por historiadores “improvisados”, permeados por mitos racistas, que consideraban que los pueblos africanos eran culturalmente inferiores, bárbaros y salvajes.

La definición del concepto Mfecane

En diversos libros de historia de África, este proceso de transformaciones en la región de Natal es conocido con dos nombres, con significados distintos, que en principio expresan las dos formas esenciales que asumió este fenómeno en los pueblos involucrados: con el nombre de Mfecane, que según la versión más difundida —M. Cornevin, Omer-Cooper entre otros— en lengua zulú significaría literalmente “martilleo”, mientras que el gran movimiento migratorio que generó, y que cambió el patrón demográfico en toda la región, es conocido como Difaqane que en lengua sotho significa migración forzada. Por su parte, Donald Denoon y Balam Nyeko¹⁹ afirman que Mfecane es el nombre usado por los zulú para describir ese periodo.

Julian Cobbing²⁰ pone en tela de juicio el uso de este término, al sostener que un historiador blanco sudafricano, llamado E.A. Walker: “acuñó el término ‘mfecane’ en 1928. El neologismo de Walker, que significa la ‘trituration’, no tiene raíces en ninguna lengua africana.”

En realidad no hay consenso ni en cuanto al origen ni al significado del término Mfecane, que sólo se aplica para deno-

¹⁸ Chanaiwa, 1980, p. 3.

¹⁹ Donald Denoon y Balam, *Southern Africa Since 1800*, Londres y Nueva York, Langman, 1984, p. 25.

²⁰ Cobbing, 1988, p. 487.

minar ese periodo. En los últimos años ha tomado fuerza la tesis que sostiene que no es una palabra zulú, sino una deformación de un vocablo zulú, probablemente del verbo *ukufeceka* que hace referencia al debilitamiento extremo de una persona, que lo conduce a la muerte. El término es generalmente traducido como “martilleo” o “golpeteo”, lo que no aporta una idea clara del tipo de proceso al que hace referencia.

Por su parte, T. R. H. Davenport,²¹ aunque suscribe la idea de que se trata de una palabra zulú que textualmente se traduce como “martilleo”, sostiene que en el plano político-histórico implica la noción de “guerra total”, lo que permite comprender, desde el principio, de qué tipo de fenómeno se trata.

En algunos estudios se afirma que el periodo Mfecane —como un periodo de cambios protagonizados por pueblos africanos— es un invento de académicos blancos, para tratar de explicar la violencia y las migraciones masivas que tuvieron lugar en las primeras décadas del siglo XIX.²²

Los detonantes del cambio

El debate en torno a las causas que desencadenaron este proceso se sintetiza en dos corrientes: las que lo definen como un proceso generado internamente y las que ubican su nacimiento en causas externas a las sociedades nguniparlantes. En la primera vertiente puede mencionarse la tesis tradicional, expresada en las líneas precedentes, que atribuye la guerra y las migraciones masivas al “salvajismo sanguinario” e irracional zulú o a la influencia de un líder carismático (el precursor Dingiswayo y el conquistador Chaka), primitivo y sanguinario. Esta tesis aparentemente perdió vigencia en el contexto de la crisis del *apartheid* en la década de 1980. Sin embargo sigue presente, a veces enmascarada en elaboraciones más o menos sofisticadas, pero sobre todo en libros de historia universal, de

²¹ Davenport, 1978, *South Africa: a Modern History*, Londres, Macmillan.

²² Aunque con notables diferencias, John Wright, Adam Kuper y, en la versión más radical y polémica, Julian Cobbing, plantean la tesis del periodo Mfecane como un mito político.

lo que se deriva la importancia de denunciar su contenido racista, ahistórico y la falsedad de sus planteamientos.

Una tesis más reciente ha tomado fuerza —Omer-Cooper, S. Marks entre otros— en la que se sostiene que ciertos cambios ecológicos, aunados al crecimiento poblacional de los pueblos nguni en la zona de Natal, incrementaron la competencia por la tierra, fenómenos que impulsaron al grupo zulú a la conquista de nuevas tierras. De acuerdo con esta tesis, esta expansión habría desencadenado movimientos similares y una cruenta lucha de poder, lo que finalmente derivó en la génesis de cambios político-militares en la región. David Chanaiwa pone en tela de juicio esta tesis y afirma que no hay evidencias arqueológicas o ecológicas que la fundamenten, que reduce el estímulo original para el cambio a factores naturales, al margen de la creatividad humana. El argumento más relevante que aporta Chanaiwa en esta discusión plantea que los pueblos nguni eran esencialmente pastores —no agricultores— y la expansión no se tradujo en la incorporación de nuevas tierras de cultivo.²³

Para otros autores, el proceso comenzó con la introducción de modificaciones en las técnicas de guerra, que propiciaron una expansión militarista en gran escala, lo que desembocó en cambios políticoadministrativos. Chanaiwa pone el énfasis en el incremento de las desigualdades internas en las sociedades nguni, en cuyo caso la conquista y los saqueos fueron la salida para el descontento: fue esencialmente un movimiento en contra de la élite, que permitió transformar la estructura política tradicional.

La segunda corriente engloba las tesis más polémicas, en las que se considera que la influencia directa de los europeos fue decisiva para el inicio de las transformaciones internas en las sociedades nguni. Si se dejan de lado los viejos mitos de Cowan y del exilio de Dingiswayo en El Cabo, la tesis propuesta por Julian Cobbing sostiene que las guerras y las migraciones masivas fueron provocadas por la intensificación del comercio de esclavos, por parte de los portugueses y sus aliados²⁴ en la ba-

²³ Chanaiwa, 1980, p. 8.

²⁴ En especial dos grupos mestizos: los griqua y los korona.

hía Delagoa (hoy Maputo), que colinda con Natal. Los cambios político-militares habrían sido, por lo tanto, la respuesta de los africanos para enfrentar la amenaza que representaban las guerras para capturar esclavos. El mérito de esta tesis reside en que no culpa a los africanos por la violencia, la cual habría sido provocada por los traficantes. Sin embargo, niega la capacidad de los pueblos nguniparlantes para generar el cambio interno y reduce la génesis de los cambios a una simple reacción frente a la amenaza externa. Diversos autores —Eldredge, Hamilton— han demostrado que Cobbing hace una deformación cronológica, debido a que no hay evidencia de un tráfico de esclavos intenso en la bahía Delagoa antes de 1823.

¿Relato histórico o mito político?

Hoy día el núcleo del debate se sintetiza en dos posiciones radicalmente opuestas en cuanto a la importancia del tema para la comprensión de la dinámica política actual: la primera posición sostiene la tesis —Hamilton, Eldredge, Chanaiwa, Omer-Cooper, M. Cornevin— de que el periodo Mfecane fue un proceso de génesis del Estado en las sociedades nguniparlantes, de lo que se deduce la trascendencia de ese periodo; en cambio la segunda posición niega la existencia de un proceso de transformación en las sociedades nguniparlantes. Esta posición presenta dos variantes: la tesis es expresada por A. Kuper²⁵ y tiene como antecedente los trabajos de Bryant. Kuper afirma que en las primeras décadas del siglo XIX hubo algunos cambios institucionales entre los nguni, pero que no pueden ser englobados como una revolución social y política, sino como la simple expresión del desarrollo de continuidades, gestadas en el siglo XVIII: movimientos de expansión, de fusión y de absorción de nuevos pueblos. La segunda vertiente se apoya en la tesis de que la violencia y las migraciones masivas registradas en las primeras décadas del siglo XIX fueron producto de la competencia de grupos blancos —especialmente de traficantes de esclavos— y por lo tanto el periodo Mfecane es un mito político, inventa-

²⁵ Kuper, 1993, pp. 471-472.

do por los historiadores del *apartheid* para legitimarlo y agigantarlo por el etnocentrismo zulú: una “coartada” para culpar a los africanos de la destrucción, las hambrunas y las migraciones provocadas por la llegada de los europeos.²⁶

Es indudable que el conocimiento de este periodo está opacado por grandes ambigüedades, por prejuicios racistas y por la exaltación con fines políticos de un pasado mal conocido.

Mitos políticos en torno a un periodo mal conocido

Abordar el estudio del periodo Mfecane es una tarea difícil. Las fuentes escritas que datan de esa época son escasas y en ocasiones poco confiables por sus ambigüedades, errores y prejuicios racistas. Debido a la complejidad del proceso, la tradición oral de los pueblos africanos de la zona está fuertemente influida por las características del sistema racista sudafricano. En especial puede mencionarse la actitud asumida frente al sistema racista por algunos grupos étnicos sudafricanos, lo que favoreció el desarrollo de conflictos de poder, entrelazados con solidaridades étnicas. Tiene especial importancia, tanto en el debate como en las lagunas de conocimiento, el peso político que dicho proceso ha tenido en la escena política de Sudáfrica en el presente siglo.

Por un lado, el periodo Mfecane ha sido convertido en uno de los principales símbolos de la identidad del grupo étnico zulú durante el siglo xx, mitificado y manipulado por el liderazgo del Movimiento Inkatha²⁷ (convertido en 1992 en partido político), que con una base étnica, a partir de la década de 1970 estableció una relación de colaboración con el sistema del *apartheid* y en contra de los movimientos opositores al régimen, en especial en contra del CNA (Congreso Nacional Africano), que aunque en esa década tenía en sus filas personas de diferentes grupos étnicos, una gran parte de sus militantes pertenecía al grupo étnico xhosa.

²⁶ Cobbing, 1988 y Wright, 1989.

²⁷ Para el análisis del Movimiento Inkatha *cfr.* Mónica Cejas, 1995, “El Inkatha Yenkululeko Yeziswe en Sudáfrica: estrategias para el consenso, 1975-1990”, *Estudios de Asia y África*, XXX (3): 519-541, México, El Colegio de México.

A partir de una visión distorsionada de los orígenes del reino zulú, el liderazgo de Inkatha convirtió las manifestaciones del autoritarismo y la violencia del periodo Mfecane en los principales símbolos del “nacionalismo zulú”,²⁸ manipulados para desencadenar, sobre todo en los años 1980 y principios de 1990, brutales ataques de miembros del grupo zulú en contra de opositores negros al régimen del *apartheid*, en lo que parecía ser una versión moderna de la irracional *black-on-black destruction*. Además, en los últimos años del periodo Mfecane, el ejército británico sufrió a manos del IMPI una de las derrotas más graves fuera de su suelo, cuando Gran Bretaña era la potencia hegemónica internacional.

Por otro lado, por lo menos hasta los inicios de la década de 1990, ese periodo sirvió de base para la elaboración de algunos de los mitos fundamentales de la historia oficial del régimen racista de Sudáfrica, en el poder hasta 1994. En el contexto del periodo Mfecane tuvo lugar, entre otros hechos determinantes, una de las más cruentas e intensas acciones bélicas de la fase de expansión masiva —el Gran Trek— de los colonos europeos afrikaansparlantes de frontera (*voortrekkers*), conocida como la batalla de Blood River, que renovó el mito de la predestinación divina de los colonos blancos, al afirmar que su triunfo militar fue producto de un “pacto con Dios”, que les permitió matar a 3 000 soldados del poderoso IMPI (ejército zulú), mientras que sólo dos blancos fueron heridos.²⁹ Años más tarde, esa batalla empezó a ser conmemorada como la fiesta nacional afrikaner.

Hechos como éstos han sido el fundamento de algunas tesis que han deformado la historia de Sudáfrica y que sustentaron el *apartheid* y el colonialismo británico: la pretendida supremacía de los blancos, por oposición a un supuesto salvajismo destructivo e innato de los pueblos negros, el derecho histórico que tendría la minoría blanca sobre gran parte del territorio sudafricano (sobre todo en la zona de Natal), supuestamente por haber sido los *voortrekkers* los primeros en llegar a la zona y, por último, el pretendido carácter estabi-

²⁸ *Ibidem*, p. 523.

²⁹ M. Cornevin, 1980, pp. 62-63.

lizador, pacificador y civilizatorio, benéfico para los pueblos africanos, del colonialismo británico, que puso un alto a la capacidad de destrucción de los pueblos “primitivos” en África austral. En este sentido, el periodo Mfecane fue convertido en un tema fundamental de la historiografía del *apartheid* y del nacionalismo afrikaner.

En este contexto, el análisis de este periodo es una tarea riesgosa. Confundido entre mitos y relatos históricos a veces desarticulados, es indudable que este periodo marcó la historia de Sudáfrica en el siglo xx. De las fuentes consultadas surgen más interrogantes que respuestas al estudiar dicho periodo.

Hay algunos datos que surgen de las investigaciones históricas, arqueológicas y antropológicas: en una amplia zona, ubicada entre la costa del océano Índico y la cadena montañosa del Drakensberg, habitada por grupos africanos durante varios siglos, entre la segunda y la tercera década del siglo xix se registró un gran movimiento migratorio, que afectó toda la región sureste de África —desde Natal hasta el sur de Zimbabue y Malawi— y modificó el patrón demográfico, con la desaparición de las pequeñas jefaturas pastoriles y la creación de nuevas estructuras políticoadministrativas, más complejas, que comprendían amplias extensiones territoriales y grupos de poblaciones más grandes, que poco tiempo después, con la penetración colonialista, fueron capaces de organizar una extraordinaria oposición a la invasión europea, aunque finalmente fueron derrotados: Zulú, Sotho, Swati y Ndebele.

El relato histórico. Los años pre-Mfecane

Aunque la invasión europea a Sudáfrica comenzó en el año de 1652 —con el establecimiento de una factoría³⁰ en la bahía Table, en la península del Cabo—, a finales del siglo xviii la

³⁰ A partir de que en 1652 el Estado de las Provincias Unidas de Holanda otorgara a la Compañía Holandesa de las Indias Orientales una minúscula zona en la península del Cabo —en bahía Table en lo que hoy es Ciudad del Cabo— derechos de soberanía, con la finalidad de crear un puesto de abastecimiento para los barcos de la Compañía en ruta hacia sus posesiones en Asia. Por diversas razones, poco después

presencia colonial estaba limitada a la región occidental de la actual Sudáfrica, desde Ciudad del Cabo hasta el litoral del río Fish. Desde antes de la era cristiana los habitantes de esa zona eran de piel negra, cuyos descendientes en el siglo XVII eran los pastores sedentarios khoikhoi y los cazadores-recolectores de frutos khoisan, seminómadas. Para la tercera década del siglo XIX, los europeos todavía no habían penetrado a las tierras del sureste sudafricano, fértiles y propicias para la vida humana, ubicadas entre los ríos Orange y Limpopo.

Desde los primeros siglos de nuestra era y hasta la tercera década del siglo XIX, la región sureste de África estaba habitada de manera exclusiva por diferentes grupos africanos sedentarios, dedicados a la agricultura y al pastoreo, que habían desarrollado diversas técnicas de alfarería y metalurgia, pero a diferencia de los pueblos vecinos sotho-tswana parlantes, los nguni no eran buenos artesanos ni habían desarrollado un comercio relevante.³¹ Estos pueblos se agrupaban en dos grandes familias: los nguniparlantes³² (xhosa, zulú, ndebele, swati) y los sothoparlantes (sotho, tswana), que a pesar de las diferencias lingüísticas tenían en común la cultura bantú. Dividi-

la factoría se convirtió en una colonia de poblamiento, con el arribo de europeos, mayoritariamente de lengua holandesa y religión calvinista, que en las primeras siete décadas del siglo XVIII protagonizaron la expansión territorial hacia las parte norte y sureste de la colonia de El Cabo. Esa primera fase de expansión colonial marcó el inicio del proceso de pérdida de autonomía de los pueblos africanos, con el robo de sus tierras y de su ganado, el inicio de políticas de exterminio —sobre todo en contra de los cazadores-recolectores khoisan— y con la imposición de formas de trabajo cautivo.

³¹ L. Thompson, 1990, *A History of South Africa*, New Haven, Yale University Press, pp. 10-13; Chanaiwa, 1980: 6-7.

³² Uno de los puntos del debate se refiere a la definición de gran parte de los grupos étnicos de la costa sureste de África como nguniparlantes. Algunos autores sostienen que el término nguni fue inventado por un misionero católico inglés —llamado A. T. Bryant— a inicios del siglo XX. Además, otros autores afirman que este término ha sido aplicado en forma arbitraria por los historiadores “debido a la ausencia de otro nombre aplicable” para grupos que habitan en esa zona, que hablan variantes de la misma lengua y que tienen una cultura común (Van Warmelo *cit. por* S. Marks, 1978, “The Traditions of the Natal ‘Nguni’: a Second Look at the Work of A. T. Bryant” en Leonard Thompson (ed.), *African Societies in Southern Africa*, Londres, Heinemann, p. 126). Por último, se asevera, la popularidad del término nguni se explica por el deseo de algunos historiadores de evitar el uso del nombre zulú para denominar a los grupos étnicos de esa zona antes del periodo Mfecane. *Cfr.* Marks, 1978, pp. 126-128 y Cobbing, 1988, p. 487.

dos en comunidades dispersas y más o menos independientes entre sí, en el siglo XVIII esos pueblos tuvieron un crecimiento poblacional importante y a inicios del siglo XIX sumaban más de 100 grupos.

A finales del siglo XVIII e inicios del XIX, los pueblos bantú de Sudáfrica estaban organizados en sistemas familiares patri-lineales, con estructuras políticas poco desarrolladas, su economía giraba en torno a la agricultura rudimentaria —practicada por las mujeres— y sobre todo a la cría de ganado, principal símbolo de orgullo, de poder y de riqueza. Diversos autores afirman que en los pueblos nguni la economía de pastoreo se desarrolló de forma individualista y enormemente competitiva, lo que tuvo como consecuencia el surgimiento de una estructura marcada por las diferencias sociales entre hombres ricos y poderosos, dueños de ganado, y hombres pobres, que cuidaban el ganado ajeno a cambio de un pago no-monetario (casi siempre leche y productos lácteos).³³ David Chanaiwa³⁴ explica cómo el ganado —que a diferencia de la tierra era objeto de propiedad privada— era el centro de la vida social y económica:

[...] el ganado era la medida de riqueza y de estatus y el medio de intercambio. Los productos de la ganadería, como carne, leche y mantequilla para la alimentación, y pieles para la ropa y escudos, servían como ganancias de capital y por lo tanto como otra medida de riqueza a través del consumo [...] Los nguni eran hábiles pastores [...] cada hombre se identificaba a sí mismo con su toro favorito, modelando los cuernos de sus toros con formas bellas, exhibiendo a su ganado en las danzas [...] Los establos para el ganado constituían el centro arquitectónico de la casa familiar [...] y la cabeza del toro de la casa era enterrada porque “sólo un toro puede gobernar al ható”. El pastoreo, la ordeña, la cacería y los combates eran considerados ocupaciones honorables y valiosas para los hombres. La agricultura era considerada trabajo de mujeres [...]

En comparación con otros grupos de África austral, a inicios del siglo XIX, el sistema político nguni era poco centraliza-

³³ Su alimentación estaba basada en la ingestión de leche y sus derivados y de productos agrícolas. El ganado sólo era sacrificado para su consumo por motivos rituales, en contadas festividades.

³⁴ Chanaiwa, 1980, pp. 6-7.

do y relativamente frágil. La principal unidad política era la jefatura basada en el linaje. Cada jefatura era dirigida por un rey (*ingoyana*), dueño de la mayor cantidad de ganado, quien en principio era la máxima autoridad política, jurídica, militar y espiritual y ejercía ciertas funciones rituales que le permitían regular el ciclo agrícola. En la práctica, el poder del rey estaba fuertemente limitado por la existencia de tres instituciones políticas, lo que según algunos autores invalida la tesis de que el rey ejercía un poder despótico: su poder real dependía de su habilidad para obtener y mantener la lealtad de sus seguidores.³⁵

Las tres instituciones en las que se apoyaba el rey para gobernar eran: un consejo informal (*ama pagati*), los gobernadores de distrito y los funcionarios llamados *indunas*. El consejo (*ama pagati*) fungía como instancia mediadora entre el jefe supremo —el rey— y el resto de la población y estaba formado por algunas personas cercanas al rey, que vivían en la casa real; por lo general, se trataba de ancianos miembros de la familia real, el principal *induna* y personas que gozaban de prestigio por su sabiduría. El *ama pagati* podía enjuiciar al rey e imponerle multas.

El territorio bajo el dominio del rey estaba dividido en distritos territoriales. Cada uno de éstos estaba encabezado por un pariente cercano del jefe supremo (hermanos, tíos o hijos). Aunque estaban subordinados al poder del rey, estos gobernantes ejercían su autoridad sobre los pobladores que vivían en ese territorio, tenían su propia corte y podían organizar su defensa militar en caso necesario. Debido a que estos gobernantes pertenecían a la familia real, podían intentar volverse jefaturas independientes y muchas veces se convertían en rivales del trono.

En ese contexto, la estabilidad del rey era por lo general precaria. Un conflicto con un gobernante poderoso de un distrito territorial o la pérdida de apoyo popular podían significar el fin del reinado, debido a que un gobernante territorial en rebeldía podía contar con el apoyo militar de sus partidarios para buscar derrocar al rey o para convertirse en una jefa-

³⁵ Omer-Cooper, 1978, p. 209; Chanaiwa, 1980, p. 9.

tura independiente. La rivalidad política entre los miembros de la familia real estaba acentuada por las leyes (no escritas) de sucesión al trono. D. Chanaiwa³⁶ sostiene:

El orden de nacimiento, el rango de la madre y la suerte desempeñaban un papel importante para determinar la riqueza, el poder, el prestigio, la influencia y el honor individual de un príncipe [...]

Aunque antes de convertirse en rey un posible sucesor al trono —a partir del principio de primogenitura— podía contraer matrimonio, éste no tenía un carácter oficial y los hijos nacidos antes de que fuese nombrado rey constituían “la mano derecha” de la familia real.³⁷ Solo después de convertirse en rey podía contraer matrimonio oficial y fundar una “Gran Casa”, encabezada por la “Gran Esposa” o “Reina Madre”, debido a que sólo sus hijos —quienes conformaban “la mano izquierda” de la familia real— podían suceder al rey, heredando además el ganado real. Como por lo general el rey tenía hijos de matrimonios “no-oficiales”, nacidos antes de que tomara el trono, las pugnas por la sucesión entre los diferentes hijos del rey podían terminar en una contienda bélica, con la fragmentación del grupo original en diversas comunidades políticas, muchas veces hostiles entre sí, aunque podían continuar reconociendo su origen común.³⁸ Era frecuente que, incluso antes de la muerte del rey, el hijo mayor de “la mano derecha” decidiera separarse de la unidad política de su padre, emigrando junto con su madre y con los miembros más allegados de su grupo de edad y sus familias, para fundar su propia jefatura.

Hasta inicios del siglo XIX, una de las principales instituciones de las sociedades nguniparlantes eran las escuelas de iniciación: en cada jefatura, al llegar a la adolescencia los jóvenes varones de un mismo grupo de edad, que incluía a un príncipe —independientemente de si formaba parte de “la mano

³⁶ Chanaiwa, 1980, p. 10.

³⁷ En sentido estricto, las esposas no oficiales del rey eran tanto aquellas que habían contraído matrimonio *antes* de que fuese nombrado rey como las esposas *posteriores* a la fundación de la “Gran Casa”. Estas esposas y sus hijos constituían casas reales secundarias.

³⁸ Chanaiwa, 1980, pp. 9-10; Omer-Cooper, 1978, pp. 210-211, 1976, p. 323.

derecha” o a “la mano izquierda” de la familia real— eran reunidos en un lugar de retiro secreto. Bajo una severa disciplina, recibían la formación necesaria para prepararlos para la vida adulta, que incluía el conocimiento de las tradiciones, de las leyes, la política y sobre todo de las técnicas guerreras. Además eran sometidos a diversos ritos, que comprendían la circuncisión, que de manera simbólica los convertía en ciudadanos del grupo que ya podían procrear hijos.³⁹ Por otro lado, las escuelas de iniciación propiciaban una identidad corporativa, con el surgimiento de lazos permanentes de lealtad y solidaridad entre el joven príncipe y su grupo de edad: en caso de guerra, su líder natural era el príncipe que había encabezado esa escuela de iniciación.

Las escuelas de iniciación difícilmente podían impedir las tendencias separatistas y fomentar la unidad política. En cuanto a la organización de la defensa, no había ejércitos profesionales, y por lo tanto este sistema tenía una desventaja defensiva para la comunidad. Como sostiene John Omer-Cooper,⁴⁰ este sistema de preparación militar podía implicar riesgos graves para la seguridad del grupo, sobre todo en periodos de inestabilidad política:

Un enemigo podía obtener una fácil ventaja lanzando un ataque cuando una alta proporción de los jóvenes guerreros habían sido recientemente circuncidados y no estaban en posición de tomar parte en la lucha o incluso de defenderse a sí mismos [...]

Por lo general se atribuye a Chaka la transformación de las escuelas de iniciación en escuelas militares, con el abandono de la práctica de la circuncisión —sustituida por otro rito de iniciación— y la transformación del sistema de los grupos de edad en regimientos de edad. Sin embargo, diferentes investigaciones han demostrado que estas modificaciones fueron introducidas por Dingiswayo, rey de los mthethwa, a principios del siglo XIX. Si se toma como base el hecho de que

³⁹ Los hijos de un hombre que no había pasado por la escuela de iniciación eran considerados ilegítimos y por lo general no eran reconocidos por su progenitor, y su madre carecía de los derechos que tenían las esposas.

⁴⁰ Omer-Cooper, 1976, p. 324.

otros grupos de la zona, en la misma época, adoptaron estas transformaciones, es difícil afirmar que haya sido Dingiswayo su creador.⁴¹

El sistema de regimientos de edad hizo más efectiva la organización militar, rompió con el vínculo estrecho que existía entre los grupos de edad y un príncipe en particular y se convirtió en un mecanismo de integración de jóvenes —que pertenecían a grupos que habían sido sometidos— en un sistema político amplio y no-excluyente, que podía aglutinar en el ejército de los conquistadores a los jóvenes, tomando como único criterio su edad. Este sistema convirtió a los regimientos de edad —que no estaban asociados con un joven miembro de la familia real en particular sino con una de las casas reales— en secciones de una naciente forma de ejército (IMPI) estatal y permitía el surgimiento de sentimientos de identidad y de lealtad entre los jóvenes guerreros, sin importar su origen étnico, en torno a la figura del rey.⁴²

A finales del siglo XVIII e inicios del XIX, en el contexto de un clima políticamente inestable, en diferentes grupos nguniparlantes surgieron nuevas figuras políticas que pretendieron incrementar su poder mediante la conquista de jefaturas independientes. A inicios del siglo XIX habían logrado establecer su dominio en el extremo norte de la franja costera, en el este de la actual Sudáfrica, tres líderes importantes, considerados como los precursores del periodo Mfecane: Zwide, jefe de los ndwandwe; Sobhuza, jefe de los ngwane,⁴³ y Dingiswayo, jefe de los mthethwa.⁴⁴ Estos reyes iniciaron los esfuerzos para revertir la fragmentación del poder político, creando cada uno de ellos una federación, con la organización de cuerpos militares, bajo la dirección de un general experimentado, y con los regimientos de edad como base.

⁴¹ Omer-Cooper, 1978, p. 211, y 1976, pp. 323-325; Thompson, 1990, p. 24.

⁴² Omer-Cooper, 1976, p. 324.

⁴³ El grupo ngwane tiempo más tarde tomó el nombre de swati, conocido como swazi en lengua zulú.

⁴⁴ Eldredge, 1992, p. 3.

El periodo Mfecane

En las fuentes consultadas no existe consenso en lo que se refiere al inicio de los cambios revolucionarios que proporcionaron el nacimiento de los grandes estados del sureste de África en el siglo XIX. Suele identificarse el surgimiento del reino zulú —dirigido por Chaka— con el comienzo del periodo Mfecane, aunque algunos autores marcan su inicio con diferentes hechos acontecidos antes del ascenso de Chaka como rey zulú, sobre todo el estallido del conflicto entre Zwide y Sobhuza.

Es indudable que el grupo étnico zulú, de la familia lingüística nguni, desempeñó un papel relevante en el proceso de emergencia de un nuevo tipo de Estado. En este sentido, el periodo Mfecane puede dividirse en tres etapas, correspondientes al gobierno de cinco reyes zulú: la génesis del periodo revolucionario Mfecane, caracterizada por la lucha de poder entre Dingiswayo, Sobhuza y Zwide; la fase de expansión, con los años de apogeo iniciados con el gobierno de Chaka y continuados por Dingaan y, por último, la fase de erosión de los fundamentos políticos de la revolución, que comenzó con el rey Mpande y que concluyó con la pérdida de soberanía zulú, con el rey Cetshwayo.

El periodo Mfecane coincidió, en el mismo espacio geográfico y en el mismo momento histórico, con la expansión de los colonos holandeses de frontera —los *voortrekkers*— conocida como Gran Trek y con la expansión colonial británica.

Las pugnas entre los tres líderes —Sobhuza, Zwide y Dingiswayo— provocaron un incremento en la intensidad y en la frecuencia de las guerras en la región y estimuló la transformación de la organización militar.

Los relatos históricos del periodo Mfecane destacan especialmente el papel desempeñado por Chaka, fundador del reino y el más polémico de sus gobernantes. Sin embargo, fue con Dingiswayo que comenzó la transformación, al innovar algunas de las instituciones tradicionales, con el objeto de poner fin a los constantes conflictos entre las familias reales y construir un gran reino. Sin embargo, lo que comenzó como un simple cambio de élite, por diferentes razones, se transfor-

mó en una revolución de la construcción del Estado, estrechamente vinculada con la consolidación, expansión y declive del reino zulú.

Los principales aportes de Dingiswayo estuvieron orientados a transformar la organización militar y comenzaron durante su reinado, pero se considera que correspondió a Chaka el mérito de implementarlos, perfeccionarlos y, sobre todo, de integrarlos en un esquema de reformas, que dieron como resultado una revolución política. Las dos principales innovaciones introducidas por Dingiswayo fueron la modificación de la naturaleza de las escuelas de iniciación y la creación de un nuevo tipo de assegai, lanza corta llamada *iklwa* en lengua zulú, dando paso a una nueva organización militar que sería el fundamento de estructuras sociopolíticas ampliadas y que cristalizarían con el surgimiento del Estado durante el reino de Chaka.

Se afirma que en el periodo de las guerras de expansión, a principios del siglo XIX, Dingiswayo prohibió durante ese periodo la realización de las tradicionales escuelas de iniciación hasta que concluyera el proceso de conquista. A partir de esta nueva estructura, Dingiswayo y Zwide se enfrentaron en sangrientas guerras, sin precedente en África austral, mientras que el rey Sobhuza evitó involucrarse, posponiendo sus ambiciones expansivas. Poco a poco, Dingiswayo empezó a imponerse en el campo de batalla, pero hacia 1817 sufrió una emboscada y fue asesinado.⁴⁵ Sin su líder, los mthethwa se desintegraron y Zwide quedó temporalmente sin un rival importante.

La gran mayoría de los autores consultados coinciden en que al iniciarse el siglo XIX, Dingiswayo se convirtió en rey de los mthethwa, un pequeño grupo nguniparlante. La revolución Mfecane comenzó con los cambios introducidos por Dingiswayo en el terreno militar, al transformar los retiros de circuncisión en auténticas escuelas militares, y con el primer conflicto por la supremacía entre Zwide y Sobhuza.

Al iniciarse la revolución, en la zona era casi inexistente la presencia de blancos —con excepción de algunos traficantes de esclavos portugueses y comerciantes británicos y estadouni-

⁴⁵ Thompson, 1990, p. 68; Omer-Cooper, 1976, pp. 325-326, y 1978, p. 213.

denses ubicados en Port Natal (hoy Durban). Sin embargo, en las primeras investigaciones del siglo XIX surgieron dos mitos, que intentaban “descubrir” el estímulo revolucionario *fuera* de las sociedades africanas: algunos autores afirmaban que un extraño “doctor Cowan” había sido el consejero de Dingiswayo, mientras que otras fuentes referían que Dingiswayo se había exiliado temporalmente en la colonia de El Cabo —que por esas épocas había pasado de manos de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales a la soberanía de la Corona británica— en donde había adquirido las nociones elementales para iniciar el cambio, pero sin perder su “naturaleza primitiva” (*sic*), lo que explicaría de acuerdo con esas fuentes que el surgimiento de una nueva unidad política devino en un periodo de destrucción y muerte.

La etapa revolucionaria comenzó con la emergencia de un nuevo tipo de Estado y estuvo caracterizada por una larga serie de guerras entre los reinos rivales en el extremo este de África austral. El personaje más famoso de esta etapa fue Chaka, a quien se le atribuye haber dado un sentido concreto en el campo de batalla, además de perfeccionar la organización militar en torno a los regimientos de edad. En este último aspecto, se afirma que Chaka innovó las tácticas de guerra, ideó un sistema de servicio militar prolongado de los regimientos de edad, creó aldeas militares y formuló el concepto de guerra total, que permitía no sólo vencer militarmente a los grupos rivales, sino también ejercer y dar continuidad a la hegemonía zulú. En la práctica, el concepto de guerra total se convirtió en un modo de producción y en una forma de vida.

El mito de Chaka (*ca.* 1787-1828) comienza con sus antecedentes familiares. Sus orígenes, entre mitos e historia, lo ubican como un “príncipe desterrado”, hijo de Sensangakona, rey de una jefatura muy pequeña y poco importante, llamada zulú, y de una joven llamada Nandi, quien pertenecía al grupo vecino mthethwa y no era esposa oficial de Sensangakona, que aún no era designado rey del minúsculo grupo zulú y no estaba circuncidado, por lo tanto no tenía derechos de adulto —como la procreación— cuando Nandi quedó embarazada.

Se afirma que después de que Chaka había nacido, su padre contrajo nupcias con Nandi, pero debido al mal carácter

de está última, ella y su hijo Chaka fueron expulsados por Senzangakona del grupo zulú y durante años tuvieron que vivir en diferentes partes, al amparo de parientes maternos. En su adolescencia, Chaka y su madre encontraron refugio en el grupo mthethwa, protegidos por Dingiswayo. Probablemente debido a sus antecedentes familiares, Chaka nunca contrajo matrimonio ni tuvo hijos. Se afirma que cuando alguna de sus mujeres quedaba embarazada la obligaba a abortar e incluso en ocasiones ordenaba que la mataran.⁴⁶

Chaka inició su carrera política siendo un joven guerrero en los regimientos de edad de Dingiswayo. En 1816, a la muerte de su padre y después de un golpe de Estado —en el que contó con el apoyo de Dingiswayo— en contra de su medio hermano, que era el heredero oficial, el joven Chaka se convirtió en jefe del grupo zulú, que contaba con unos 400 guerreros. En 1818, Chaka se convirtió en sucesor de Dingiswayo, con lo que quedó al frente de una nueva confederación nguniparlante, que agrupaba a los zulú y a los mthethwa, y que sería el origen del poderoso Estado militar zulú. Al principio, poco después del asesinato de Dingiswayo, el rey Zwide no consideró a Chaka como un rival debido a que tenía un ejército débil, razón por la cual este último pudo contar con el tiempo necesario para consolidar sus fuerzas. Una vez conseguida esta meta, Chaka logró enfrentar y derrotar a Zwide, integrando a la gran mayoría de los *ndwandwe* en el reino zulú, que había iniciado su expansión de poder a toda la zona nguniparlante y su influencia comprendía desde el norte de Transvaal hasta la parte costera de la actual Sudáfrica.

Chaka creó una maquinaria de guerra impresionante, con un IMPI poderoso, disciplinado y con una gran movilidad, sin precedente en el continente, con un sistema de reclutamiento militar obligatorio para todos los hombres adultos, solteros y con buena salud, quienes sólo podían casarse después de haber servido al IMPI durante varios años: Chaka consideraba que sus guerreros debían consagrar toda su energía física y mental al oficio bélico, desviando su pulsión sexual y convirtiéndola en el motor de la guerra. Además, Chaka inventó estrategias bé-

⁴⁶ Omer-Cooper, 1976, p. 321.

licas, con el uso de las *assegais*, que se convertirían en símbolo del grupo zulú hasta nuestros días, llamadas *iklwa*, que eran lanzas cortas que daban ventaja al primer ataque (ventaja a la ofensiva) y que permitían que los guerreros zulú no perdieran sus lanzas al atacar, lo que era imposible con las lanzas largas que generalmente se usaban en esa época. Sin embargo, la violencia extrema que desplegaba en los combates, la práctica de rituales violentos al terminar las batallas, la severa disciplina militar impuesta a los guerreros y su personalidad agresiva y autoritaria, convirtieron a Chaka en uno de los personajes más polémicos en la historia de África.

El IMPI de Chaka se dividía en regimientos (*amabutho*), cada uno tenía un color distintivo que llevaba en sus escudos, hechos en piel, y eran dirigidos por un general (*induna*). El uso de las *iklwa* exigía el combate cuerpo a cuerpo, lo que acentuaba la crueldad de las batallas. La estrategia militar de Chaka consistía en lanzar el ataque con una formación de los regimientos en forma de cuernos de toro, cuyos extremos se cerraban como tenazas para atrapar al enemigo. Hacia 1824, su ejército estaba integrado por unos 15 mil guerreros profesionales y disciplinados.

Chaka recurrió a un sistema de organización político-militar que le permitía incorporar a los miembros de diferentes pueblos conquistados y construir un Estado que trascendía los esquemas tradicionales. Cada jefatura conquistada se convertía en un distrito del reino, que conservaba sus tierras, su administración y sus propios jefes; sin embargo, éstos tenían que ser leales a la autoridad del rey zulú, quien podía sustituirlos por otro miembro de la clase gobernante del propio grupo. Los hombres jóvenes eran incorporados en los regimientos de edad del IMPI, sin que existiese diferencia alguna en su interior. Participaban en las mismas ceremonias y tenían los mismos privilegios y obligaciones que los jóvenes nacidos dentro del grupo zulú. Cuando no estaban en el campo de batalla, los guerreros habitaban en aldeas militares, que colindaban con aldeas de mujeres jóvenes, y cuando los guerreros eran liberados de la responsabilidad militar —por lo general alrededor de los 30 años— podían desposar a las jóvenes de las aldeas vecinas.

No sólo entre los guerreros sino también en las comunidades, el ímpetu revolucionario estimulado por Chaka logró la integración en una sola unidad política, con el surgimiento y desarrollo de lealtades y de un sentido de identidad comunes, entre personas cuyo origen era heterogéneo. Esta cohesión, a partir de lazos de lealtad y de identidad, era un fenómeno inédito en África austral y en términos modernos correspondería a la génesis de una nación.

El sistema militar desarrollado en el contexto de las guerras de conquista del periodo Mfecane era relativamente simple, pero efectivo, y además era prácticamente invencible con las técnicas bélicas tradicionales de los pueblos bantúparlantes de la época. El IMPI era una organización muy centralizada y el propio Estado se convirtió en una amplia maquinaria militar, controlada por el rey, quien ejercía el control a través de sus agentes, cuyo poder derivaba exclusivamente de su relación personal con el rey, hecho que no tenía precedentes en las estructuras políticas de los pueblos bantúparlantes. Probablemente Chaka era más temido que respetado por toda la nación zulú, y conforme se extendió su fama guerrera en toda la zona sureste de África, también se extendió el temor que generaba el avance de su poderoso IMPI.

En ese contexto, durante el gobierno de Chaka, aldeas enteras ubicadas en las márgenes del río Kei fueron abandonadas y sus pobladores, xhosaparlantes, huyeron hacia la región este de la colonia británica de El Cabo, en donde serían conocidos como *mgengu*: refugiados. Era un grupo numéricamente reducido, que desempeñó un papel importante en la historia de la colonia británica en los siguientes años. En las guerras de resistencia protagonizadas por los xhosa en contra de la ocupación colonial de 1835, 1846 y 1851-1853, los *mgengu* (y sus descendientes) se convirtieron al cristianismo y colaboraron con el ejército británico en la represión de dichas guerras contra los xhosa. A cambio, los *mgengu* recibieron tierras que habían sido usurpadas a los xhosa, en la zona del río Kei, con el fin de amortiguar el impacto de posibles ataques xhosa. Con el paso de los años se convirtieron en prósperos agricultores, casi siempre manteniendo una relación de colaboración con el sistema colonial británico.

En el ámbito político, el proceso revolucionario generó una concentración excesiva de poder en manos del rey, fenómeno que era ajeno a los sistemas políticos africanos. Sin embargo, a pesar de los grandes cambios involucrados en el crecimiento del reino, el patrón de organización política de los zulú en particular —y nguniparlante en general— conservaba los rasgos esenciales de las sociedades pastoriles-agrícolas bantúparlantes. Continuaban existiendo los jefes de distrito, quienes pertenecían a la familia real del grupo en cuestión. Los miembros de los regimientos de edad que conformaban el IMPI seguían perteneciendo a su aldea de origen y, una vez liberados del servicio militar obligatorio, regresaban a sus aldeas.

A pesar de los cambios generados por la centralización, siempre existía la posibilidad de que surgiera un jefe territorial poderoso, que retara el poder del rey. Durante el gobierno de Chaka sólo hubo una deserción: el joven Mzilikazi, uno de los generales más apreciados por Chaka debido a su valentía y a sus habilidades militares. A inicios de la década de 1820 desconoció la autoridad del rey zulú y huyó hacia el norte de Natal, fundando un Estado que reproducía la organización político-militar zulú y que tiempo después tomaría el nombre de ndebele. En la década de 1830, el ejército ndebele, encabezado por Mzilikazi, protagonizó una de las guerras de resistencia más importantes en contra de la invasión de los colonos afrikaansparlantes (*voortrekkers*).

Considerado por unos como un tirano sanguinario y por otros como uno de los grandes líderes africanos, Chaka fue asesinado en 1828 por su medio hermano Dingaan, quien fue el primer rey zulú en entrar en contacto directo con los colonos holandeses de frontera (*voortrekkers*). Para disminuir la tensión generada por las guerras y por el sistema militar obligatorio y de tiempo completo, Dingaan intentó flexibilizar el estricto sistema fundado por Chaka, disminuyendo las guerras de conquista y permitiendo que los guerreros vivieran en sus casas, lo que favoreció el surgimiento de tendencias separatistas y Dingaan vio su poder retado por un poderoso movimiento secesionista. Para mantener el reino unido, Dingaan tuvo que reinstaurar el rigor del servicio militar y reanudar la estrategia de la guerra total.

Hacia 1837 llegó a la zona de Natal un grupo de colonos afrikaansparlantes de frontera, que unos años antes habían iniciado un proceso de expansión territorial —Gran Trek— para liberarse del dominio colonial británico en El Cabo, que desde inicios del siglo XIX había sustituido al caduco dominio colonial impuesto por la Compañía Holandesa de las Indias Orientales. Piet Retief y sus hombres llegaron hasta los márgenes del río Limpopo, descendiendo hacia la región costera de Natal, en donde se enfrentaron con la autoridad de Dingaan. Retief buscó el permiso del rey zulú para establecerse en la zona de Natal, quien al principio les dio la bienvenida, con el deseo de evitar un conflicto armado con los colonos europeos —que tenían armas de fuego—, pero desconfió de sus intenciones.

Poco después llegaron al reino zulú las primeras noticias de la cruenta derrota de los ndebele de Mzilikazi, lo que acentuó los temores de Dingaan, quien tendió una trampa a los *voortrekkers*, matando a unos 70 colonos, en febrero de 1837. Los *voortrekkers* sobrevivientes se replegaron. A finales de 1838 los comandos de los colonos lanzaron una campaña militar en contra del IMPI y en una cruenta batalla, oscurecida por la mitología racista, el 16 de diciembre de 1838 los comandos *voortrekkers* mataron a 3 mil zulú, cuya sangre tiñó las aguas del río Ncome —convertido a partir de ese día en el Blood River— con mínimas pérdidas para los europeos, lo que dio nacimiento al mito de que antes de la batalla los *voortrekkers* habían hecho un “convenio con Dios”, que les permitió derrotar al ejército africano más poderoso.⁴⁷

En ese contexto emergieron tres mitos fundamentales del nacionalismo afrikaner, que marcaron la historia oficial del *apartheid*: la derrota del IMPI convertía a los colonos europeos —“el pueblo escogido de Dios”— en invencibles y al grupo zulú en un pueblo “primitivo”, manipulado por líderes “sanguinarios”, que habían desatado una ola de destrucción, al margen de motivaciones políticas, y, “ante el terror” sembrado por el IMPI los pueblos africanos, habitantes de la zona este de la actual Sudáfrica, habían emigrado en forma masiva, ra-

⁴⁷ Cornevin, 1980, pp. 62-63; Omer-Cooper, 1976, p. 335.

zón por la cual supuestamente los *voortrekkers* habían llegado a una zona deshabitada. Este mito sería utilizado para “legitimar” la ocupación europea de las fértiles tierras de Natal y para declarar a los africanos como “extranjeros” en esa zona.

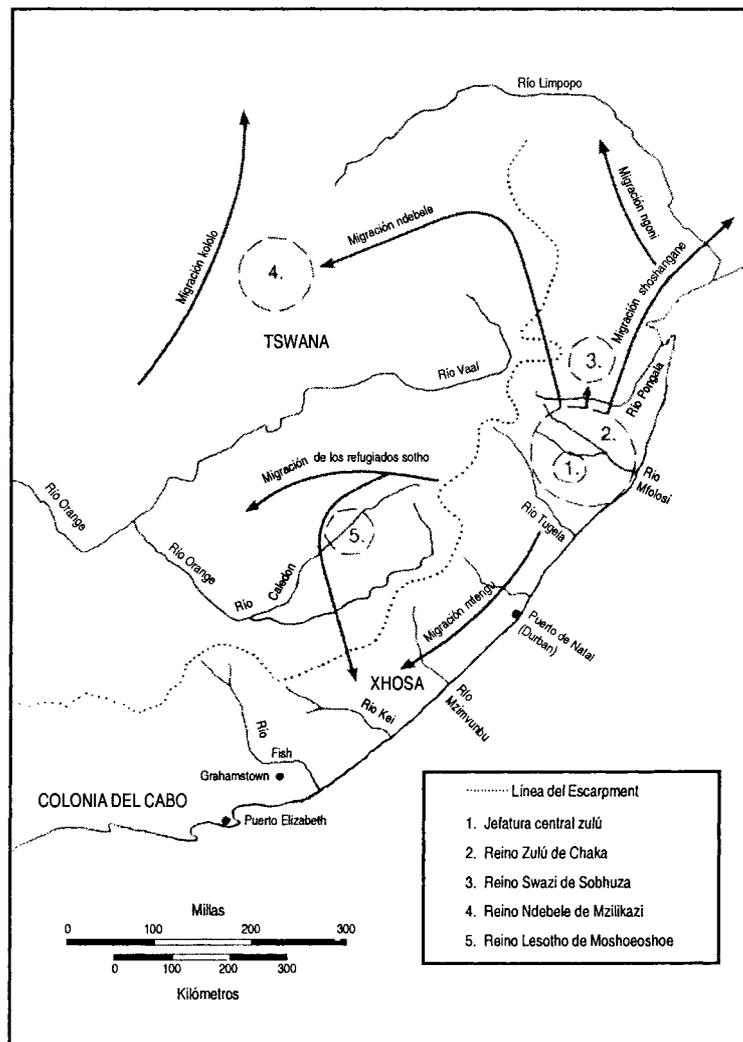
La primera gran derrota del IMPI erosionó la moral de sus filas y desató una lucha por el poder dentro de la élite real zulú. Mpande, medio hermano de Dingaan —quien al igual que Chaka no tenía hijos—, decidió derrocarlo, para lo que solicitó el apoyo de los *voortrekkers*, uno de cuyos comandos combatió junto con el ejército de Mpande, que derivó en la derrota de Dingaan, en marzo de 1840, quien logró huir pero, fue asesinado por un grupo rival. Mpande asumió el trono zulú, pero fue reducido al estatus de vasallo de la República Afrikaner de Natal y más tarde del colonialismo británico. Fue el inicio del declive del reino zulú. En la década de 1850, dos hijos de Mpande —Cetshwayo y Mbulazi— protagonizaron una violenta lucha por el poder, que concluyó con el triunfo de Cetshwayo, considerado el último de los grandes reyes zulú, aunque ante la amenaza que representaba la expansión de los *voortrekkers*, se alió al colonialismo británico. Cetshwayo logró restablecer la disciplina en el IMPI y favoreció una nueva fase de prosperidad interna, lo que fue considerado tanto por los afrikaners como por los británicos como una amenaza para sus intereses. En una epopeya poco conocida, el IMPI venció al ejército británico en la batalla de Isandlwana: fue la peor derrota sufrida por el ejército británico fuera de Europa, precisamente cuando Gran Bretaña era la gran potencia hegemónica en todo el mundo. Finalmente el grupo zulú fue sometido. La muerte de Cetshwayo se pierde en la leyenda: mientras que David Chanaiwa afirma que falleció en una batalla en contra de los británicos, otras fuentes (Omer-Cooper entre otros) sostienen que probablemente fue asesinado por algún rival africano.

Cuando inició su declive, el reino zulú estaba cercado por los afrikaners y los británicos estaban instalados en la zona costera. Unos años después, el descubrimiento de los yacimientos de diamantes y de oro aceleraron las guerras de conquista colonial en África austral y todos los pueblos africanos perdieron su autonomía.

Comentarios finales

Hay un hecho indudable: en las primeras décadas del siglo XIX en la zona sureste de África se registraron cruentas guerras que, en el contexto de una severa sequía que propició hambrunas, provocó migraciones masivas, sin precedentes en la región. A la tesis oficial del *apartheid*, que reducía ese periodo a una “orgía de sangre y destrucción” desencadenada por el reino zulú, al margen de motivaciones políticas, en los últimos años se han unido nuevas tesis. En algunas se afirma que se trató de una revolución, pero el debate se profundiza cuando se intenta descubrir las causas que la motivaron. Para algunos autores, fue provocada por un crecimiento poblacional extraordinario aunado a una crisis ecológica, para otros fueron los cambios militares los que precipitaron el cambio político, por último, en las tesis más discutidas, el impulso original de cambio surgió *fuera* de las sociedades nguniparlantes: en la misteriosa presencia de un inglés llamado Cowan, quien habría guiado los pasos de Dingiswayo —desde la transformación de las escuelas de iniciación hasta los mecanismos de incorporación de los pueblos conquistados en una nueva unidad política—, o bien el exilio de Dingiswayo en la colonia de El Cabo. Hay otra corriente que sostiene que no hubo tal revolución: o bien se trató de una fase de continuidad de procesos, hasta ese momento desconocidos por los europeos, que sin embargo tuvo como rasgo distintivo un incremento de la violencia entre africanos —en parte estimulada por la presencia de los europeos que volvían más escasa la tierra— o bien, la destrucción y las migraciones fueron provocadas por el incremento del tráfico de esclavos en la bahía Delagoa (hoy Maputo), llevado a cabo por los portugueses. Si bien estas tesis tienen el gran mérito de combatir el estereotipo de la “destrucción africana” y el mito que responsabiliza a Chaka y al pueblo zulú de la violencia, ignoran la dinámica interna de las sociedades nguniparlantes y en especial del grupo zulú. Es importante subrayar las palabras de David Chanaiwa,⁴⁸ quien sostiene:

⁴⁸ Chanaiwa, 1980, pp. 14-15.



El extremo sur de África en los primeros años del periodo Mfecane, 1817-1828

A pesar del aparente predominio de la violencia política, la revolución zulú fue algo más que una aberración de Chaka. No fue una etapa oscura del salvajismo africano ... la revolución zulú fue una transformación radical y compleja del orden social tradicional, del modo de producción y del sistema de pensamiento. La lógica y las técnicas de la violencia revolucionaria eran atribuidas a los objetivos sociales, políticos, económicos y militares prevalecientes. La violencia era percibida por los ciudadanos como política, más que como un capricho, y los excesos fueron causados por la debilidad humana individual que se encuentra en cualquier sociedad.

No hay datos comprobados que permitan demostrar que el periodo Mfecane corresponda a una narración histórica, o sea simplemente un mito político. Lo único indudable es que este tema ha suscitado un debate sin fin. ❖

